

Si deseamos tener una idea precisa de la labor realizada en el Taller de Cuento, dirigido por Julieta Campos bajo los auspicios de la revista *Punto de Partida*, bastará con enfatizar el carácter de trabajo, de labor, que se desprende del término mismo: taller literario.

Si bien en el estricto campo de la capacidad creativa la actividad de taller no puede dotar a nadie de lo que no posee, en el campo del oficio y de la comunicación proporciona beneficios considerables sobre todo para el escritor que empieza.

La principal ventaja que se desprende del trabajo de taller es la de posibilitar el desarrollo en el escritor de su sentido de la distancia en relación a la obra, de estar frente a sus textos y poderlos evaluar con una mayor dosis de objetividad; así como estar en una actitud de mayor receptividad a la crítica de los otros miembros del taller.

Lo anterior constituye un aspecto de suma importancia ya que uno de los principales obstáculos con que nos topamos al emprender la ponderación de nuestros textos fue la resistencia a reconocer la independencia de los mismos, desligarlos de adhesiones de tipo afectivo que deformaban la crítica de los demás percibida como juicios excesivamente subjetivos y que sobre todo inhibían la disposición a criticarnos nosotros mismos. Algunos de los asistentes no se adaptaron a esta exigencia y desertaron.

El taller provee a la formación de una disciplina sana y a la atención de los aspectos formales que constituyen el oficio y de un criterio objetivo de los aspectos logrados del propio trabajo y de las deficiencias a subsanar. Esto es una labor de depuración de vicios literarios que impiden o confunden la comunicación.

Del taller de cuento, dirigido por Julieta Campos, la mayoría de los miembros nos hemos sujetado a la disciplina mencionada con anterioridad y en términos generales nos encontramos empeñados en la formación de un estilo propio. Ya los textos de cada quien se distinguen por ciertas constantes de contenido y formales. El esfuerzo se dirige principalmente a su-



perar algunas deficiencias, que cada día son menos frecuentes, como las expresiones retóricas o el recurso al lugar común. Claro que esto se debe al proceso natural de búsqueda de un lenguaje personal. Los logros han sido consistentes y nos han permitido iniciar tentativas de diversificación de recursos formales y un asentamiento de las características de cada uno.

La distinción de la obra de los miembros del taller es posible en función de las características básicas que conforman cada mundo literario.

El universo de Manuel Capetillo en el cual la realidad se encuentra intencionadamente subvertida y la narración se expresa como un intento de restablecer un nuevo orden de tipo cotidiano, denso y significativo. La construcción de ese tiempo rescatado para la monotonía se prolonga en largas frases eslabonadas que acentúan la densidad de sus ambientes cerrados. Las siluetas desleídas de los personajes pugnan, sin embargo, por presentarse como presencias concretas que fortalecen su existencia precaria recurriendo al celo por lo minucioso, a los rituales obsesivos del que en ellos encuentra un sentido a sus actos. La narración se sostiene así en una continuidad agobiante, reiterativa que gravitan circularmente. El esfuerzo de significar un mundo que se pierde en la reiteración recurre a subrayar los sustantivos que aparecen iniciados con mayúsculas que intentan separarlos del normal curso de las circunstancias. En ocasiones este intento de significar, de cargar de misterio los términos torna oscura la narración y la invalida haciéndola perderse en una confusa relación de señales innecesarias.

De Fernando del Moral sobresale su gusto por integrar literariamente los conceptos de la moda intelectual, el rostro mudable de lo cosmopolita. Sus relatos abordan la construcción de realidades intelectualizantes, sometidas a una disección racional que se expresa en un lenguaje construido con constantes referencias al idioma inglés y a la cultura norteamericana, o mejor dicho, a las subculturas.

Muestra con acierto la actual dualidad entre lo mundano y superficial de nuestro mundo sustentado en la imagen de la publicidad que se alimenta a sí misma y lo subterráneo por otra parte, el terreno de los miedos ocultos, del equilibrio entre los sedantes y los signos del zodiaco. De la negación de las realidades cercanas y la elaboración de los pactos tranquilizadores con los lugares comunes del mundo fresa.

Para Agustín Monsreal la vivencia poética impregna sus relatos como una búsqueda de encontrar en el lenguaje una sonoridad especial. Sus textos generalmente breves reflejan su preocupación por la prosa poética, normalmente giran en razón a su tema central: el individuo solitario enfrentado a un mundo inclemente y a merced de sus propios fantasmas. Para Agustín sobre todo la necesidad de encontrar un lenguaje personal se agudiza en cuanto desea lograr la difícil síntesis de la prosa y la poesía sin menoscabo de la integridad de la narración. Asimismo el problema de fondo que nos afecta a todos: la demolición de esquemas mentales obsoletos, campiranos y retóricos que impiden el acceso a un lenguaje más fresco, más natural, más propio.

*José Antonio Aguilar Narváez*